ABC | LIBROS

LIBROS

«Setenta acrílico treinta lana»

Viola Di Grado. Alpha Decay. 249 páginas. 19,80 euros.

D. MORÁN / BARCELONA
Día 18/10/2011 - 19.31h

CHÚS SÁNCHEZ

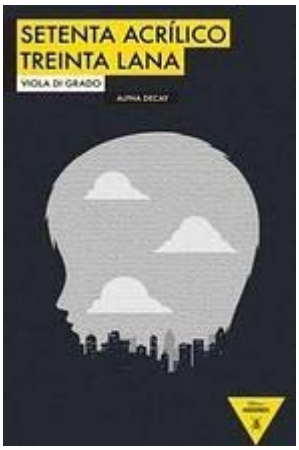
Viola Di Grado

Expresiones como "revelación literaria de la temporada", es cierto, están más devaluadas que la credibilidad de ciertas agencias de calificación crediticia, pero siempre existe alguna excepción que, bendita sea, le hacen a uno querer abrazar el tópico sin pestañear. O, mejor dicho, excepciones. Si, en plural. Porque si hace unas semanas se paseaba por aquí la joven debutante Silvia Avallone, el turno es ahora para la aún más joven **Viola Di Grado,** talento precoz de las letras italianas que con solo veintitrés años ya ha conseguido alzarse con premios como el Carige o el Campiello, ambos a la mejor ópera prima, y ha recibido la incómoda etiqueta de, ahora sí, **revelación literaria del año.**

Y todo gracias a **"Setenta acrílico treinta lana",** una oscura y poética novela en la que las imágenes se van ensamblando para acabar abordando la **imposibilidad de la comunicación,** algo que la joven escritora lleva un poco más lejos robándole el lenguaje a sus protagonistas. **"Me interesaba descubrir qué hay más allá de las palabras",** explica Di Grado sobre una novela que narra la historia de Camelia, una joven que vive prácticamente sepultada por la nieve en la deprimente ciudad de Leeds y que ve como el mismo día que su padre muere su madre pierde las palabras y, por si fuera poco, también la chaveta. Es entonces cuando Camelia y su madre empieza a comunicarse únicamente mediante miradas y cuando Di

Grado va trenzando esta **historia de soledad, vacíos emocionales y lecciones de chino** convertidas en improvisados salvavidas vitales.

Visto lo visto y después de observar la vida que le ha regalado a la protagonista de su primera novela, no queda más remedio que preguntarse (y preguntarle) qué hay de Viola en Camelia. O viceversa. "Muy poco, afortunadamente", responde la joven autora. Aún así, a personaje y creadora les une, además de su pasión por Björk, el afán por esquivar la masa y huir de cualquier amago de identidad compartida. "Odio el hecho de estar en una tienda y pensar que estás eligiendo algo, ya que eso mismo lo han elegido cientos de personas antes que tú -explica-. Es por eso por lo que Camelia corta sus prendas: no acepta el hecho de poder compartir algo con otras personas, ya sea la ropa, el lenguaje o cualquier otra cosa". Normal, pues, que a la italiana le guste posar en las fotos con, ejém, orejas de gato y prendas que difícilmente uno encontraría en el H&M de la esquina.



ABC

Portada del libro

Y normal también que cualquier intento por compararla, encajarla o simplemente colocarla al lado de otros autores sea como darse de cabezazos en la pared. **"No creo en las comparaciones, ya que en toda creatividad tiene que haber una ruptura",** señala sacudiéndose de encima nombres como los de Amélie Nothomb, acaso la autora con la que con mayor insistencia la han relacionado.

La cosa tampoco mejora cuando se propone esa suerte de **vacío emocional,** esa nada generacional y tristeza casi oceánica, como nexo de unión entre las obras de varios jóvenes novelistas contemporáneos. "Esa soledad no es algo exclusivo de los autores jóvenes. De hecho, está en todos los libros, por lo que no creo que sea un rasgo generacional ni nada parecido", apunta, consciente quizá de que lo mejor de "Setenta acrílico treinta lana" no es el retrato de ese hastío gastado ya de tanto usarlo, sino su **habilidad para fabricar imágenes magnéticas** y convertir la gélida y anodida Leeds en la metáfora perfecta del invierno sin fin.

Compartir
9
6
0
Imprimir